

SUPLEMENTO

A LA GACETA DE MADRID

DEL MARTES 30 DE SETIEMBRE DE 1823.

NOTICIAS BIOGRAFICAS DE SU SANTIDAD PIO VII.

Casi todos los periódicos extranjeros han dado algunas breves noticias acerca de la vida del Sumo Pontífice Pio VII tomadas de los Diarios de Roma, y en la Gaceta de 19 de Setiembre se refirieron tambien otras que suministraron dichos periódicos.

Ahora se añaden algunas particularidades interesantes que no disgustarán al público católico acerca del mismo Augusto Pastor, Padre comun de los fieles, que acaba de dejar la Iglesia en tan lastimosa y deplorable horfandad. Pio VII unió á la nobleza la santidad de su nacimiento. Su Madre, despues de haber pasado en el estado ó vida conyugal los dias mas ejemplares, viuda ya, murió en el retiro del claustro despues de haber ofrecido en él un dechado perfecto de virtudes religiosas que la Iglesia ya reconoce y venera, y á las cuales parece que no tardará en tributar un solemne público culto.

El Hijo heredó el espíritu de piedad de su Madre, y así desde la mas tierna edad aspiró á un estado de perfeccion, que no le fue difícil alcanzar, en la Congregacion de Monte Casino, donde se apresuró á alistarse. En esta creció en tal virtud y doctrina, que no menos por la una que por la otra, mereció el grado de Maestro en Sagrada Teología, la que enseñó fervientemente con mucho honor suyo y aprovechamiento de sus discípulos.

La Divina Providencia que lo reservaba para grandes designios, detuvo aquí el curso de sus ascensos monásticos, y mientras pareció abararle, abrió con medios extraordinarios el camino de la mayor elevacion. Algunas contradicciones permitidas por la mano Todopoderosa que le guiaba y favorecia, impidieron al P. Bernabé Chiaramonti el obtener en su orden una Abadía, á la que Pio VI, á quien estaba unido con los lazos de la amistad y parentesco, deseaba promoverlo.

El obispado de Tivoli suplió la Abadía, y en él brilló Chiaramonti con tantas virtudes, y desplegó tales prendas y talentos, que el Sumo Pontífice su ilustre predecesor no pudo permitir estuviesen encerradas en los breves límites de una pequeña diócesis, por lo que inesperadamente lo promovió á la de Imola, y poco despues á la púrpura cardenalicia. El suceso justificó muy luego la utilidad y el acierto de esta promocion, pues el Cardenal Chiaramonti al paso que crecia en dignidad redoblabá su Pastoral solicitud y fervor de la caridad de que estaba animado para con la grey que le estaba encomendada.

Mientras todos aplaudian y veneraban en él un excelente Prelado, no faltó quien descubriese tambien el talento que manifestaba para la administracion civil, y así fue que el Gobierno le encargó algunos negocios delicados, y principalmente el proveer de granos á la provincia de Romania.

Los desastres de la Francia no tardaron en extenderse á la Italia. El Cardenal Chiaramonti fue envuelto en la desgracia comun; mas instruido en la escuela de la adversidad, y dotado no menos de constancia sacerdotal que de la mas cristiana prudencia, supo por una parte resistir á toda pretension que se opusiese á sus sagrados deberes, y por otra grangearse el afecto de sus mismos enemigos con la suavidad de su trato y la imparcialidad de su conducta. Antes que permitir el despojo del Monte de Piedad de la ciudad de Imola, en que estaba depositado el patrimonio de los pobres, con sus propias alhajas sació la codicia de los revolucionarios.

Por este tiempo el inmortal Pontífice Pio VI obtuvo la palma de un verdadero martirio, quedando víctima de una gloriosa persecucion. La Providencia, que sacó de la oscuridad del claustro al esplendor de la púrpura al Cardenal Chiaramonti, se hizo aquí mas patente y recibió su último complemento. El Supremo Pastor habia fallecido en cadenas, y lejos de su silla; los Cardenales unos estaban privados de su libertad, otros desterrados; la Italia entera gemía bajo la tiranía revolucionaria, y esta se lisonjaba de impedir la eleccion del sucesor de S. Pedro. Empero con la celeridad del relámpago, la tempestad se disipa, las tropas enemigas son ahuyentadas, y una tranquilidad momentánea sucede en Italia, bastante para que el Colegio cardenalicio pueda reunirse y ocuparse de la eleccion tan deseada.

Chiaramonti parecia estar enteramente eclipsado por los muchos candidatos propuestos para ocupar la suprema dignidad del Sacerdocio: nadie hablaba de él, cuando de improviso por una

portentosa inspiracion de sus colegas, por votos unánimes fue promovido al Pontificado. Apenas habia ocupado el trono Pontificio, cuando las armas republicanas recobraron su predominio sobre la desventurada Italia, y Pio VII electo en Venecia aun no habia llegado á la capital del mundo católico, cuando pudo temer verse arrojado de ella.

Pero habia llegado el momento en que antes que destruirse los altares debian comenzar á levantarse; y Dios, para completar sus designios, se valió de la ambicion de un hombre ansioso del mando, y dotado de las cualidades necesarias para conseguirlo. El dulce imperio de los Borbones no podia restablecerse en Francia despues de tantos excesos de desenfrenada licencia, sin que precediese un periodo de dura tiranía, que sujetase al pueblo sedicioso, é hiciese desear á todos el retorno de la legítima monarquía. Elevado Buonaparte por una serie de singulares y extraordinarios sucesos á la primera dignidad del Estado, conoció que de nuevo alguno podia restablecerse en Francia el orden político, sin que antes lo fuese el religioso. Pio VII penetró sus ideas, se prevaleció de sus favorables disposiciones, y abrió su pontificado bajo los mas gloriosos auspicios, extinguiendo el cisma de Francia, reduciendo al seno de la unidad aquella considerable parte del católico rebaño, haciendo cesar las persecuciones del clero, abriendo los templos y los asilos de la piedad, y dando finalmente la tranquilidad á la iglesia de Italia y á los dominios de la santa Sede. Si la Europa, cediendo al poder y á los prodigiosos sucesos de las armas de Buonaparte, reconoció su autoridad, la Iglesia, que en aquel momento se levantaba á la sombra de la misma, no podia despreciarla. La conducta de Pio VII hacia el dominador de la Francia está pues justificada por la ley de la gratitud y del bien de la religion (1). El Santo Pontífice Gregorio el Grande, en vista de un bien semejante, aunque en circunstancias mucho menos graves, no se condujo de otro modo con el sanguinario Focas, usurpador del trono imperial de Constantinopla.

Otros dos mas felices sucesos ilustraron en el entretanto el pontificado de Pio VII, é hicieron igualmente brillar su solicitud y mansedumbre pastoral. Mientras por una parte proviése de una silla metropolitana (Baltimore) y de nuevos Obispos los Estados Unidos de América, en donde por este medio hizo el catolicismo los mas rápidos progresos, por la otra se presentaba postrado á sus pies el demasiado célebre Ricci, Obispo de Pistoja, que, llorando sus extravíos, suplicaba y obtenia del piísimo Pio un abrazo de perdon y de paz.

Mas la mansedumbre y la dulzura, virtudes predilectas del Santo Pontífice, tenian aquel límite que les prescribia la religion; pues cuando los intereses de esta estaban comprometidos, se le veia que no tenia en cuenta alguna los respetos humanos, y que por una metamórfosis prodigiosa se convertia de suave y mansísimo cordero, en valeroso é impávido leon. De aquí es, que mudado bien pronto Buonaparte de restaurador en perseguidor de la Iglesia, requerido por él para las mas injustas concesiones, contrarias á las constantes reglas de la disciplina eclesiástica, antes que faltar á sus deberes, prefirió ser despojado de todo dominio temporal, arrojado de su silla, desterrado, privado de toda libertad, vilipendiado y expuesto á los mas viles y duros tratamientos.

Este era el segundo espectáculo que se ofrecia á los franceses de un Sumo Pontífice desterrado y prisionero en medio de ellos. La Providencia, que regula todos los sucesos con visible sabiduría por un medio que parecia á los ojos vulgares, que debia producir un contrario efecto, quiso anudar y estrechar los vínculos de caridad que existian tantos siglos ha entre la Santa Sede y la Francia, y que la revolucion habia roto y desatado. El admirable cuadro de las grandes virtudes, de los padecimientos,

(1) Algunos, aunque con diferentes motivos, se han esmerado en exagerar la justa condescendencia que tuvo Pio VII para con Buonaparte. Entre otras cosas suponen que concedió á su primer ministro el ex-Obispo d'Autun Talleyrand la dispensa para casarse. Esto es enteramente falso, pues Pio VII, al contrario, por mas instancias que se le hicieron, no quiso jamás otorgarla; antes bien rehusó hasta el ver á la que se titulaba su esposa, que pocos años despues Talleyrand separó de sí.

del heroísmo y de la Santidad de Pío VI y de Pío VII, no podía ciertamente tener diverso resultado sobre el ánimo de los que le contemplaban de cerca.

Todos los fieles temían la suerte del Pontífice y de la Iglesia, cuando los mas maravillosos sucesos cambiaron el aspecto de la Europa. La heroica España había sido la primera en levantar el grito por la religion y por la legitimidad; el Señor había coronado sus esfuerzos; la Europa los admiró, y muy luego se levantó toda para favorecerlos. El usurpador desaparece en un momento, se restablecen los tronos legítimos; y Pío VII, en medio del entusiasmo y de los aplausos universales de todos los pueblos, atravesó la Francia y la Italia, y fue restituido á su silla.

Pío VII debía ser no menos grande y magnánimo en el triunfo que en el infortunio. Prisionero y víctima de la tiranía de Buonaparte cuando se hallaba en la mayor altura del poder, derribado que fue de ella acogió en Roma con amor paternal y cristiano á su familia proscrita ya de todas partes. Los Estados Pontificios, incluso las tres legaciones que por mas de 20 años habían seguido el curso de las revoluciones políticas de Italia; volvieron al dominio del Santo Padre y desde luego experimentaron los efectos de sus benéficos desvelos, porque no se mostró menos justo, clemente y sapientísimo Príncipe, que santo y zelosísimo Pontífice. Los Soberanos aliados reunidos en Viena, y el mismo Monarca inglés en Londres, rindieron á sus virtudes todos los homenajes en la desusada distinguida acogida hecha á su representante encargado de reclamar la justa restitucion de las provincias pertenecientes á la Santa Sede.

Mas donde principalmente hizo admirar sus virtudes sacerdotales fue en el ardor con que procuró cicatrizar las muchas y acerbas heridas, con que se había lastimado á la Iglesia en el largo periodo de una cruel general revolucion y en el tiempo deplorable de su pasoso cautiverio. Entre otras muchas cosas será memorable el restablecimiento de la Compañía de Jesus, *sociedad ilustre* (como se explica el docto cardenal Beausset) *que no tuvo infancia, ni tiene vejez*, antes bien, siempre gigante desde la cuna, y siempre dotada de todo el vigor y robustez de la juventud en sus fatigosos utiles y santos ejercicios. Desde el principio de su pontificado había echado los primeros cimientos de esta feliz resurreccion de los Jesuitas en la Rusia y Sicilia, que debía recibir y recibió en efecto su complemento en 1814.

Sucesivamente abrió y entabló tratados importantes con casi todos los Príncipes de Europa, cuyos resultados fueron utilísimos á la religion, como lo testifican los varios concordatos con la Francia, con la Baviera, con Nápoles, con la Prusia, con otros Soberanos de la Germania y con la Polonia. Treinta sillas obispaes, acrecentadas á las que ya había en el primero de estos reinos, algunas aumentadas en los otros, las dotaciones concedidas á todas, el restablecimiento de varias corporaciones religiosas y la conservacion de los privilegios é inmunidad de la Iglesia, son el fruto de estos ventajosísimos tratados debidos á Pío VII, cuya desgraciadísima muerte ha venido á interrumpir fatalmente, aunque por poco tiempo, las negociaciones ya comenzadas con los Países-Bajos para arreglar las cosas eclesiásticas de aquel reino. Este Pontífice, venerado y obedecido de todos los fieles, amado y acepto hasta de los hijos extraviados de la Iglesia, y admirado por ellos, ha preparado el camino para la reconciliacion de estos con su tierna Madre, que les abre siempre sus amorosos brazos para volverlos á su seno.

La revolucion de España acaecida en 1820, y propagada luego á Nápoles, al Piamonte, al Portugal, y hasta las mas remotas partes de Méjico, del Brasil y del Perú sirvió para amargar el último periodo del pontificado de Pío VII, y á turbar la precaria paz y tranquilidad que por pocos años había gozado la Iglesia. Los mismos errores, los mismos atentados, las mismas persecuciones con que se había tratado en la revolucion de Francia de subvertir y destruir enteramente la fe católica, se renovaron casi y del mismo modo en las dos Penínsulas. El incendio revolucionario ardía en las extremas partes de Italia; Roma situada en el medio parecía ser inevitablemente su víctima. La virtud y la firmeza del venerable Pontífice impulsaron no obstante á los sediciosos interiores y externos, y la tranquilidad no fue alterada en los Estados Pontificios, los que muy en breve se vieron libres de todo peligro por los prontos y felices sucesos de las armas austriacas en los reinos de Nápoles y del Piamonte.

En medio de tan graves tempestades, y en el momento mismo en que mas de cerca amenazaban sobre la capital del catolicismo, el Santo Padre con su acostumbrado valor é imperturbable zelo apostólico defendía los derechos de la Iglesia contra las primeras agresiones de las cortes de España. Será siempre memorable en los anales eclesiásticos la carta que él mismo escribió entonces al Rey Católico, en respuesta á otra que es-

te Soberano le había dirigido, participándole la extincion de los Jesuitas, la cual se vió forzado á sancionar contra sus religiosas intenciones. Esta carta es un documento demasiado importante, y todas sus palabras son demasiado preciosas para poderlas mutilar y presentarlas en extracto. Por lo tanto nos reservamos publicarla por entero al fin de este artículo biográfico (1).

Sucesivamente en el curso de nuestra funestísima revolucion no declinó un solo instante de su energía; pero siempre templada con admirable prudencia. Se opuso con fuerza á las innovaciones religiosas, reclamó contra ellas, negó constantemente la institucion canónica á los candidatos poco dignos que el gobierno revolucionario proponía para sillas episcopales vacantes, sostuvo y defendió en cuanto dependía de su parte, y con todo el vigor á los Obispos y Eclesiásticos desterrados y perseguidos que las cortes proscibían. Una multitud de cartas y breves dirigidos al Rey y á los Obispos del reino, que pronto verán la luz, atestiguarán su activa solicitud en defensa de la religion en las últimas vicisitudes políticas.

Mas los extravíos y los culpables excesos de la faccion revolucionaria habían ya provocado la inexorable divina venganza; y cuando expulso el Nuncio apostólico de las Españas, y rota casi toda relacion con Roma, parecía inevitable un cisma, suscitó Dios un poderoso magnánimo libertador, y favoreció sus armas victoriosas, ante las cuales huyen por todas partes destruidos y pavorosos los satélites de la anarquía.

Con la revolucion se alejan los peligros del cisma, que habría echado las mas profundas raíces en el caso, que la edad y los achaques del Pontífice hacían demasiado probable, de la vacante de la Silla Apostólica. Pío VII apenas tiene tiempo de oír el anuncio del triunfo de la mas santa y justa causa, de enviar á su Representante á renovar y estrechar las relaciones de la Santa Sede con este reino por la excelencia de su fe, á buen derecho llamado antonomásticamente católico, y llegado al término de su larga, penosísima y no menos gloriosa carrera, viene llamado por el Señor á recibir la inmarcesible palma debida á sus virtudes.

El mismo prodigio que en la precedente vacante de la Silla de S. Pedro favoreció la eleccion de Pío VII, interviene ahora para proteger la de su Sucesor, que los esfuerzos de los revolucionarios desde el año 1820 acá parecían hacer muy difícil y tempestuosa.

Si la Iglesia coloca á Pío VII en la serie de los mas santos é ilustres Pontífices, Roma lo admira como uno de sus mas grandes Soberanos. Protector incansable de las ciencias y de las bellas artes, alimentó, favoreció, y protegió con increíble magnanimidad las primeras y las segundas. La república literaria le es deudora del precioso código Palimpsesto, de los libros de Ciceron de *República*, y de otros muchos interesantísimos, descubiertos por el eruditísimo May, á quien llamó para presidir la biblioteca Vaticana. El museo Pio Chiaramonti, el célebre coliseo, monumento el mas precioso de la antigüedad, el uno considerablemente aumentado y enriquecido, el otro restaurado en un todo por él, harán eternamente amado su nombre á cuantos hay apreciadores de las artes, que en dichos monumentos, y en otros muchos que acrecientan el esplendor de Roma, ven esculpida la grandeza del Príncipe que los erigió. Si hubiese vivido se hubiera visto muy luego restaurarse por su munificencia la antigua venerable Basílica del Apóstol de las Gentes, en cuyo convento pasó muchos años de su vida, y que por una permission divina, que no está á nuestros alcances, le ha servido de pira fúnebre. Pero tan noble empresa está reservada para su Sucesor, y debe ilustrar sus primeros pasos.

Finalmente las virtudes privadas de Pío VII, le asegurarán aquella eterna corona de gloria á que solo se dirigen sus incesantes miras. Sin anticipar en nada el juicio de la Iglesia, acerca de hechos y acciones superiores á las leyes comunes de la naturaleza, bastará recordar, que én medio del lustre y fausto de la tiara, conservó siempre la modesta simplicidad y la humildad del claustro; que su mesa no era menos frugal que la de un monge particular, y sus prácticas de piedad y de abstinencia no menos austeras que las de un rígido anacoreta; que accesible á todos, afable, sufrido, caritativo, padre amoroso de sus súbditos y de todos los fieles, no fue severo, sino para sus parientes, que tuvo siempre distantes de Roma, y á los que no permitió ningun engrandecimiento, ni de riquezas, ni de honores, aunque los mismos Soberanos extranjeros les ofreciesen las unas y los otros: en suma, Pontífice y Príncipe que va á la par de sus mas grandes y célebres antecesores, y que se gloriarán de emular hasta la mas remota posteridad sus sucesores.

(1) Se halla en el artículo de Madrid.